

La Época de la Ilustración. I. El Estado y la cultura (1759-1808)

Miguel Batllori, Luis Miguel Enciso, Teófanos Egido, Carlos Corona, Pedro Voltes, Antonio Morales, Antonio Mestre, José Luis Peset, Antonio Lafuente, Francisco Aguilar, Fernando Chueca, José Miguel Caso, Federico Sopena, Pedro Navascués, Francois López, José P. Marino, Albert Dérozier y Claudette Dérozier,

Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal y dirigida por José María Jover Zamora.

T. XXXI, Madrid, 1987. 1087 págs.

D

ESDE hace algún tiempo los volúmenes de la «Historia de España», fundada por Menéndez Pidal y ahora dirigida por José María Jover, aparecen con más corta periodicidad: hay que felicitarse por ello porque, como es bien sabido, es, sin duda, un instrumento de conocimiento fundamental de nuestra historia con las inevitables variaciones de un tomo a otro, dada la envergadura de una obra como ésta. Con el transcurso del tiempo se ha ido haciendo cada vez más frecuente la redacción de cada tomo por un número elevado de especialistas, lo que resulta de todo punto inevitable dada la proliferación de estudios y sobre todo dado el hecho de que el grado de especialización de los estudios históricos es cada día mayor. A nadie puede ocultársele hasta qué punto resulta problemática la elaboración de tomos como éstos, en que por un lado resulta imprescindible referirse a aspectos his-

tóricos tan diversos y, por otro, es preciso contar con un elenco equilibrado de autores muy diversos. A estos problemas se une, en fin, la necesidad de publicar los originales en una fecha no muy lejana a su redacción para que estén al día, y la de combinar en la proporción adecuada la investigación y el estado de la bibliografía existente.

El tomo XXXI recientemente publicado y abierto por un prólogo de Miguel Batllori puede ser considerado como un modelo de esa pluralidad de redactores que ha sido mencionada: verdaderamente el historiador llega a la conclusión, con su lectura, que difícilmente se podría haber conseguido un equipo más completo y equilibrado. Hay, desde luego, un problema en este tipo de trabajos de tan numerosos autores, y es que han sido redactados en momentos diferentes. Da la sensación también de que se podría haber concedido mayor espacio al conjunto del volumen, porque la investigación es sustituida por un simple estado de la cuestión. Pero, sin la menor duda, éste es un volumen excelente que resulta una delicia leer y que debe serlo además no sólo para el profesional de la historia sino para un público más amplio. Es lástima que a veces se piense que podría haberse mejorado, en este tomo dedicado a la Ilustración, la calidad y la cantidad de las ilustraciones.

Genoveva García Queipo de Llano

El sentido del relato histórico

Jorge Lozano

«El discurso histórico»
Alianza Editorial. Madrid,
1987. 424 págs.



El discurso histórico», de Jorge Lozano, es un libro im-

portante por lo que supone de oferta eficaz de datos y argumentos para llevar adelante un proyecto necesario de fundamentación epistemológica de la ciencia histórica. Asistimos en la hora presente a un retorno del «narrativismo» tras los excesos impersonalizantes de los estructuralismos, en que el sujeto histórico aparecía ¿evaluado en una red de sistemas simbólicos y perdía un protagonismo tachado de ilusorio. Se ha perdido la tradición diltheyana, continuada por nuestro Ortega con su propuesta de la razón histórica o narrativa como instrumento de captación de la realidad en su concreta especificidad.

EL HOMBRE NO TIENE NATURALEZA

La tesis orteguina viene insuperablemente expresada en este fragmento de una conferencia de nuestro pensador en Lisboa en 1944: «El hombre no tiene naturaleza, lo que tiene es historia; porque *historia* es el modo de ser de un ente que es constitutivamente, radicalmente, *movilidad* y *cambio*. Y por eso no es la razón pura, eleática, naturalista, la que jamás podrá entender al hombre. Por eso hasta ahora el hombre ha sido un desconocido. Pues la historia es el modo de ser de un ente radicalmente variable y sin identificar. Al hombre no se le puede identificar. Es un Arsenio Lupín metafísico».

No creo que Jorge Lozano se identifique con estas propuestas orteguianas. Por lo que se deduce de su libro, Lozano piensa el discurso histórico como estrategia discursiva, como estratagema para la producción de sentido, con una clara dimensión de retórica de la persuasión. Sin embargo, su libro aporta materiales bien estructurados para los que sientan interés en la especificidad del discurso histórico, cualquiera que sea su querencia doctrinal.

Sostiene Lozano de entrada que «el estatuto histórico de un hecho lo decide su pertenencia a una narración». Narración entendida como principio de inteligibilidad que afecta tanto a la producción del texto histórico como a su recepción. Lozano se apresura a añadir: «Al intentar descubrir lo específico del discurso histórico, parece inevitable oponerlo al texto de ficción... Mas ni la oposición es tan nítida como quisieran los historiadores, ni la homología es tan próxima como quisieran primitivos análisis impresionistas. Lo que acaso los una es la operación de construcción de discursos diferentes, sí, pero quizá sólo porque sus efectos de sentido pretenden ser diferentes». Pareciera como si Lozano quisiera minimizar la diferencia cualitativa y esencial entre los efectos de verdad y de verosimilitud, entre lo real y lo imaginario, amparándose en la similitud estructural de la narración histórica y de la de ficción. Quizá se deba a la inmersión profunda que el autor reconoce y reivindica en el análisis semiótico. La relación entre historia y poética es cuestión debatidísima desde los tiempos de Aristóteles. Como recordarán los lectores de Estagirita consideró más filosófica y elevada la poesía que la historia, puesto que «no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, esto es, lo posible según la verosimilitud o la necesidad». El superior rango que para Aristóteles tenía la poesía lo fundamentaba en que la poesía dice más bien lo general, y la historia lo particular.

LA HISTORIA COMO TESTIMONIO

La historia griega nace desde Tucídides como testimonio e indagación de primera mano. La historia emerge como conocimiento inmediato que se articula desde la observación personal de «yo he visto» y ya secundariamente «yo he oído». Heródoto está todavía comprometido,

como viajero, entre lo oral y lo escrito, pero Tucídides apuesta y se compromete con la escritura conceptual, la que le permite «ver claro» «lo -adquirido para siempre». En Tucídides está inexpresa, pero eficientemente operativa, la razón histórica, el logos narrativo.

La Edad Media es el ámbito histórico de la fe. Ahora se pasa desde la percepción a la fe, garantía del conocimiento del pasado. El giro cristiano lo expresa insuperablemente Lówith cuando, refiriéndose a San Agustín, escribe: «La teoría griega es literalmente una contemplación de lo que es visible, y en consecuencia demostrable, o capaz de ser demostrado, al par que la fe cristiana o *pistis* es una confianza firme en lo que es invisible y, consecuentemente, indemostrable, aunque sí capaz de adhesión mediante un compromiso». El saber en el Medievo no es cuestión de investigación, sino de comunicación.

HISTORIA CRITICA

El paso de la historia inmediata a la historia crítica del pasado supone un cambio de inflexión esencial en el proceso del discurso histórico. Hace ver Lozano con agudeza que una vez adquirida la idea de no coincidencia entre conocimiento y percepción, que deriva de la revolución científica de los siglos xvi y xvii, comienza a ser concebible la idea de un conocimiento mediato. Están echadas las bases de la historiografía moderna. Esto lo explica muy bien Lozano: «el conocimiento mediato puede ser considerado el resultado de un conjunto de procedimientos codificables que permitan acceder a ciertos elementos del dominio de lo invisible por la intermediación de objetos incluidos en la esfera de la visibilidad». «Se trata —prosigue Lozano— de buscar una vía hacia los acontecimientos del pasado a partir de las trazas, las huellas y los indicios que dichos acontecimientos han dejado y que subsisten en el

presente bajo formas de documentos y monumentos.» Con ese fin se comienzan a elaborar técnicas y métodos que permitan el acceso cierto a la realidad histórica, que consientan la comprensión del pasado humano.

Así, desde la Edad Moderna, todo suceder histórico se nos manifiesta no inmediatamente, sino sólo por sus causas. El logos ha entrado ya en el discurso histórico, nos encontramos ante lo que Ortega ha llamado «razón histórica». La historia ya no es conocimiento inmediato, sino conocimiento inferencial. Y así Lozano pone como ejemplo la espléndida definición de Collingwood: «Es una ciencia a la que compete estudiar acontecimientos inaccesibles a nuestra observación y que el historiador llama "testimonio histórico" de los acontecimientos que le interesan». Cambia entonces el sentido de la observación histórica: al desplazarse el conocimiento inmediato de los hechos al conocimiento inferencial, la historia, como diría Ortega, «ya no es ver; es pensar lo visto». Para Ortega la ciencia histórica es construcción teórica, como lo es también la ciencia física.

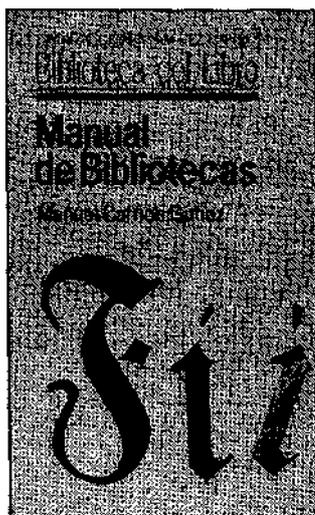
En el prólogo a la «Introducción de las Ciencias del Espíritu» de Wilhelm Dilthey, formula Ortega su idea de la Ciencia Histórica en términos bien expresivos: «Las disciplinas instrumentales de la historia creadas en esas dos generaciones (de investigadores alemanes) son auténticas ciencias. Pero la finalidad de ellas, su resultado científico, se reduce a obtener datos estrictos, fehacientes para la historia. En los datos aparecen los hechos históricos, pero los hechos históricos no son la ciencia histórica. Los hechos no son nunca ciencia, sino empiria. La ciencia es teoría y ésta consiste precisamente en una famosa guerra contra los hechos, en un esfuerzo por lograr que los hechos dejen de ser simples hechos, encerrados cada uno dentro de sí mismo, aislado de los demás, abrupto. El hecho es lo irracional, lo ininteligible. La mente siente una extraña angus-

tia y como asfixia ante el mero hecho que la obliga a reaccionar movilizandole sus funciones conectivas. Esta angustia mental ante el puro hecho es lo que se ha dado en llamar «principio de la razón suficiente», que es el auténtico principio del conocimiento y que no tiene carácter de norma, sino de efectivo impulso en que el conocer como ocupación humana *principia*. Del nudo hecho hay que dar la razón, buscarle su ratio o fundamento...». «La ciencia —prosigue Ortega en el prólogo a la obra de Dilthey— es el descubrimiento de conexiones entre los hechos. En la conexión el hecho desaparece como puro hecho y se transforma en miembro de un «sentido». Entonces se le entiende. El "sentido" es la materia inteligible.»

He transcrito, con alguna amplitud, esta cita orteguina porque recoge su concepción más madura sobre el discurso histórico y porque me ha llamado la atención que un tratadista tan escrupuloso como Jorge Lozano, que llena su libro de citas, no haya reparado en este texto fundamental.

EL DOCUMENTO HISTÓRICO

Pero volvamos al libro de Lozano. De la multitud de cuestiones que aborda en su abigarrado libro quiero destacar su estudio del documento histórico. Hay un capítulo de más de cincuenta páginas dedicado a «el documento histórico: de información sobre el pasado a texto de cultura». Para la escuela histórica positivista, el documento es el fundamento del hecho histórico. Así Fustel de Coulanges escribía en el siglo XIX: «La habilidad del historiador consiste en extraer de los documentos aquello que contienen, y en no añadir nada que no estuviera contenido. El historiador mejor es aquel que se mantiene próximo a los textos». Este ingenuismo fetichista del documento se sustituye en nuestro siglo por un verdadero proceso al documento, en el que ocu-



pa lugar relevante y significativo Michel Foucault.

Efectivamente, mucha información que nos llega del pasado contiene omisiones y distorsiones, algunas de difícil localización. Ante esta situación el historiador ha de indagar «los indicios» reveladores de lo verdaderamente acontecido trabajando, en los «márgenes» de la información disponible. Ahora bien, las tesis foucaultianas hacen del discurso histórico más bien exposición de las condiciones de su producción, que narración efectiva de los acontecimientos pasados. Hay, y esto se advierte mucho en los comentarios estructuralistas, una tendencia a privilegiar lo inteligible sobre lo real, muy al contrario de lo que acontece en la historiografía griega. Pienso que son necesarias —y en esto coincido con Ezequiel Gallo— buenas dosis de «individualismo metodológico» para corregir esta injustificada desviación. El individualismo metodológico es la doctrina que subraya la prioridad existencial de lo individual y concreto sobre las construcciones generalizadas de lo colectivo. La formulación más brillante y convincente del «individualismo metodológico» que conozco se encuentra en el libro de Ortega «El hombre y la gente», ensayo de sociología según la razón vital. Este indivi-

dualismo metodológico muestra su gran productividad en la fundamentación del pensamiento neo-liberal de autores de la talla de un Friedrich Hayek. El individualismo metodológico es el dique más eficaz frente a las delirios ideológicos estructuralistas que sostienen que la lengua es como una «razón humana» que tiene sus propias razones que el hombre no conoce, insufrible manifestación de ese nihilismo «nihgt» de que es portador el «pobre» y «débil» pensamiento postmoderno que nos anega en los últimos años.

UN CIERTO GRADO DE PREDICTIBILIDAD

También coincido con Ezequiel Gallo cuando, en su comentario sobre el libro de Lozano («ABC», 5-3-88), reivindica para la ciencia histórica un cierto grado de predictibilidad: «Es muy difícil —escribe Gallo— evaluar críticamente una narración histórica sin analizar de alguna forma las generalizaciones sobre las que descansa. El tratamiento ya clásico de Tocqueville sobre "El antiguo régimen y la revolución" descansa significativamente sobre la conocida generalización acerca de las características de los momentos que preceden a los estallidos revolucionarios. El argumento perdería gran parte de su atractivo si descubriéramos que la generalización no resulta fértil para comprender sucesos de la misma familia ocurridos antes o después. No se está, ciertamente, en presencia de predicciones stricto sensu, sino de anticipaciones plausibles que tienen algún grado de refutabilidad por genérico que éste resulte».

Finalmente, hay que decir que en las densas e interesantes páginas del libro de Lozano, se detecta el proyecto de que la historia reasuma su vieja investidura de relato, pero sin descuidar lo que aquella tiene de estrategia discursiva, de estratagema para la producción de sentido. Es lo más novedoso y discutible de este libro, escrito desde una perspecti-

va semiótica que el propio autor justifica en estos términos: «...El campo privilegiado de los análisis semióticos ha sido lo "literario", cuyos modelos se han exportado a lo mítico, religioso, político, científico, filosófico, etc., pudiendo detectarse, por el contrario, poca literatura por lo histórico. En un momento como el actual, en el que muchos semiólogos se están ocupando, a su vez, en construir una historia de la semiótica, pensamos que es oportuno ocuparse de una semiótica de la historia».

Pedro Fernaud

Política, Nacionalidad e Iglesia en el País Vasco

F. García de Cortázar
y J. P. Fusi

Editorial Txertoa
San Sebastián, 1988. 114 págs.

F

FORMALMENTE concebida en dos partes diferenciadas, cada una de ellas redactada por un autor, esta obra hay que entenderla temáticamente como un conjunto. La tesis planteada es clara: la cuestión de la nacionalidad es el fenómeno más trascendental de la historia política vasca del siglo xx. Si tenemos en cuenta el componente religioso de dicho nacionalismo, ese conjunto del que hablamos adquiere pleno sentido. En tanto que, como sostiene J. P. Fusi, la aparición del nacionalismo vasco supone una ruptura histórica, al cuestionarse por primera vez la integración de los territorios vascongados en el Estado español, es lícito plantearse el posicionamiento de la Iglesia ante un hecho de tal magnitud. Propósito interesante si tenemos en cuenta los antecedentes políticos de la Iglesia vasca a lo largo del siglo -xix y su capacidad legitimadora.

Visto así, el problema puede no parecer excesivamente complejo. Sin embargo, dadas las diferencias entre las provincias vascongadas y aun dentro de cada una de ellas, como consecuencia de desarrollos socioeconómicos desiguales, no es posible hallar una línea política única. Es esto lo que Fusi define como pluralismo vasco, surgido aproximadamente en la segunda década de esta centuria y presente en la actualidad. Hasta la Guerra Civil no hallamos en el pluralismo una fuerza hegemónica, por más que el nacionalismo fuese la principal agrupación política; después de la muerte de Franco, la hegemonía nacionalista es indiscutible, pero, como prueban los resultados electorales durante la transición democrática y la actual composición del Parlamento vasco, dentro del nacionalismo persiste el pluralismo.

Si nacionalismo y pluralismo son las dos primeras piedras de toque para comprender plenamente el proceso de socialización de la política en el País Vasco, el tercer elemento, íntimamente ligado a ellos, es la Iglesia. Como señala F. García de Cortázar, la Iglesia vasca no es apolítica ni neutral, sino que «rebosa» política por todos sus costados; se halla presente en el devenir político vasco del siglo xx, ocupando un espacio público muy destacado: sus influencias sobre las instituciones y la sociedad civil le hacen aparecer en ocasiones como el puro poder. Pero tampoco en lo referente a la Iglesia podemos caer en reduccionismos simplistas. La clerecía vasca se comporta como un todo homogéneo. Lejos de ello, su gran trauma serán las continuas fricciones entre las bases, permeables a las reivindicaciones y postulados nacionalistas, y la jerarquía eclesiástica, colocada, una vez superado el fastasma del carlismo, al lado del sistema liberal primario y del régimen franquista después. La primera fractura de la Iglesia vasca se producirá al triunfar la sublevación militar de julio del

36 en Álava y Navarra; la segunda, más profunda y duradera, al decidir los nacionalistas permanecer fieles a la República. Ello explica que la religión sea la principal deslegitimadora del estado franquista en el País Vasco y que la teoría sabiniana de la ocupación de Euskadi por un país extranjero fuera retomada. En este sentido no parece extraño, pues, que la dictadura recelase del clero vasco.

En resumen, esta obra pretende profundizar en la comprensión de los dos componentes esenciales de la política vasca del presente siglo: Iglesia y nacionalidad. Formalmente distintas, como consecuencia de los cambios experimentados por nuestra sociedad, esas dos constantes continúan presentes. E insistimos, como insisten los autores, manifestándose con profundas diferencias interprovinciales y zonales, porque el pluralismo vasco pervive en 1988, aunque no sea ya el de 1914. La Iglesia vasca, por su parte, continúa ocupando un lugar destacado en nuestra comunidad, por más que ésta sea una sociedad ideológicamente secular.

**Gonzalo González
Martínez**

Historia de Iberoamérica. Tomo III. Historia contemporánea

Manuel Lucena Salmoral
(coordinador)

Ediciones Cátedra y Sociedad
Estatual para la Ejecución de
Programas del Quinto
Centenario.
Madrid, 1988, 699 págs.

D

E forma tradicional el americanismo español se ha centrado en el período colonial, en el estudio de los algo más de tres

siglos que van del descubrimiento a la independencia, en una época en que los territorios de las actuales repúblicas latinoamericanas formaban parte del vasto imperio español. Las razones de esta tendencia son bastante obvias, y podían sintetizarse en los siguientes factores que, por supuesto, no son los únicos elementos explicativos ni figuran en un orden de prioridad: 1) la disponibilidad de fuentes, gracias a la existencia de riquísimos archivos, como el Archivo General de Indias o el Archivo General de Simancas; 2) el interés por el estudio de un pasado que es parte del propio pasado, del pasado «nacional», si se me permite la expresión y 3) la mística de la hispanidad y el hispanismo, que unido al espíritu de cruzada, fue notablemente incentivada a partir de la década de 1940.

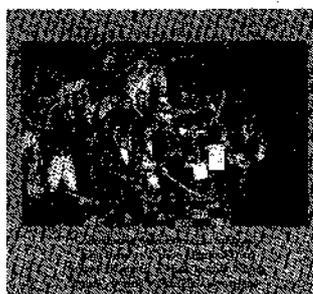
Este hecho ha conferido a la historia contemporánea de América Latina un papel de convidado de piedra entre nuestros estudiosos, salvo algunas, pocas y honrosas, excepciones, y que se advierte rápidamente por la escasa producción propia en la materia. Respondiendo a lo dicho más arriba, sólo el estudio de Cuba y Puerto Rico, pero sólo hasta 1898, ha llamado la atención de nuestros historiadores, tanto americanistas como contemporaneístas.

Todo esto se advierte rápidamente en el libro objeto de reseña. La falta de especialistas españoles ha hecho necesario buscarlos fuera de nuestras fronteras. Y esto que podría llegar a ser pensado como algo peyorativo para la obra es, por el contrario, uno de los mayores atractivos del libro. De este modo, cinco excelentes profesionales europeos y uno latinoamericano colaboran directamente en un trabajo colectivo de este género, que se convierte en algo especial dentro de la producción de la industria editorial española.

Otras de las características del americanismo nacional es su marcada vocación introspectiva, su falta de apertura internacional, más allá de un reducido cir-

HISTORIA DE IBEROAMÉRICA

Volumen III
HISTORIA CONTEMPORÁNEA



CATEDRA

cuito. Y precisamente la ruptura de este hecho es lo que permite introducir nuevas ideas y posturas frente a los sucesos del pasado americano. Ideas y posturas por lo general no coincidentes, sino más bien, muchas veces enfrentadas, lo que permite introducirnos dentro de un rico debate historiográfico. Es de lamentar que tanto el tomo I, ya publicado, como el II, en preparación, no tuvieran este grado de apertura, este toque de audacia, por parte del coordinador de la obra. El volumen está dividido en dos partes y ocho capítulos. Cada una de las partes coincide con uno de los siglos objeto de estudio: el xix, caracterizado como el siglo de la utopía, el orden y el progreso y el xx, el siglo que indica el tránsito de la universalidad a la identidad iberoamericana. Cada uno de los capítulos ha sido escrito por un autor diferente (hay uno que repite), y a lo largo del texto se trata de mantener un esquema de división cronológica, aunque en el comienzo de la segunda parte se introduce un capítulo que rompe el esquema y está dedicado al análisis del intervencionismo norteamericano en Iberoamérica, desde la crisis de la independencia de Cuba a nuestros días (la invasión de Granada y la crisis nicaragüense), realizado por Hans-Joachim König.

Desde la perspectiva de las relaciones internacionales, se trata de analizar el papel jugado por

Estados Unidos en la vida política, económica, social y cultural de América Latina, que es observado como algo totalmente determinante y condicionante de la evolución continental. Más allá de la clara adscripción dependientista del capítulo, lo cierto es que en vastas áreas de América Latina, especialmente en la América del Sur, el papel de Estados Unidos sólo comienza a destacar a partir de 1930, ocupando previamente ese lugar las principales potencias europeas, Gran Bretaña y Francia, u otros países de segundo orden, como Alemania y Bélgica, con fuertes intereses en la región. Y entonces cabría preguntarse, por qué, desde la misma perspectiva de las relaciones internacionales, no se analizó el papel del «imperialismo» europeo, aunque se haga en cada uno de los distintos capítulos restantes.

Estos comienzan con el de Manuel Lucena, dedicado a la independencia y a la evolución de la historia americana en las décadas de 1810 y 1820, en una época claramente fundacional, donde se contrastan los puntos de ruptura con aquellos, mayoritarios, de continuidad. John Lynch se ocupa de la formación de los nuevos estados nacionales, de ese período de ruralización y transición de la vida americana, que va de 1825 a 1850. Una época marcada por el peso del caudillaje y de las relaciones clientelísticas como la principal forma de hacer política. A continuación, Nelson Martínez Díaz estudia el período 1850-1875, que lleva el título de «El federalismo», marcado por los enfrentamientos intraoligárgicos y por los esfuerzos de erigir naciones basadas en un modelo centralista o unitario o en otro federal. Este conflicto era coetáneo de otro que enfrentaba a conservadores y liberales, aunque con importantes entrecruzamientos y solapamientos de acuerdo con cada caso concreto. La primera parte concluye con el trabajo de Brian Hamnett, dedicado al último cuarto del siglo xix y denominado como el de «La regenera-

ción». Todavía se perpetúan los anteriores enfrentamientos y surgen otros nuevos más acordes con la coyuntura internacional que se está viviendo. Es evidente que los puntos de partida de cada uno de los autores son disímiles y algo sumamente complicado es poner nombres a las cosas, y más cuando éstos tienen que caracterizar a una época. Pero lo cierto es, que algunos de los mencionados y otros de los existentes en la segunda parte serán objeto de polémica.

En la segunda parte, luego del ya comentado capítulo de König, sigue otro de Nelson Martínez Díaz, sobre los «radicalismos», que corresponde al período que va desde el principio de siglo hasta el estallido de la gran crisis mundial, siendo una de sus principales características el ascenso de los sectores medios y urbanos, resultado del crecimiento económico logrado gracias a la expansión del sector exportador. Posteriormente, Adam Anderle estudia los años que van de 1929 a 1948, caracterizados bajo el signo del «populismo», años en los que entra en crisis el modelo oligárquico, el modelo de «crecimiento hacia afuera» y comienza a ponerse en práctica el de «industrialización por sustitución de importaciones». Y por último, Marcello Carmagnani se ocupa de la época comprendida entre la inmediata postguerra (desde 1945) y la actualidad, y que estaría marcada por el predominio de un ideal «nacionalista». Un ideal que trasciende las fronteras ideológicas o políticas y que se ha convertido en patrimonio colectivo de los distintos países americanos. Se trata de un nacionalismo por oposición, de un nacionalismo antiimperialista. De un nacionalismo, en síntesis, autocomplaciente y que como todos los nacionalismos está plagado de lugares comunes.

En tanto obra colectiva, son varios los puntos de vista con los que se abordan los principales y diversos problemas del pasado americano. Uno de ellos, ni el único ni el más importante, es el del imperialismo y el del peso de

su influencia sobre el desarrollo histórico latinoamericano. Este tema, objeto de vivas polémicas, como por ejemplo la sostenida entre D. C. M. Platt y el matrimonio de Stanley y Barbara Stein, también aparece aquí. Al principio de la obra, Lucena nos advierte que «la obsesión de las potencias ibéricas por mantener su régimen de monopolio concenció a los grupos criollos de la necesidad de plantear de inmediato el tema de la independencia política como la única forma de lograr una independencia económica. Resultó así que el gran detonante de la independencia política fue la necesidad de romper urgentemente la dependencia económica, objetivo paradójico por cuanto el resultado obtenido fue precisamente el contrario» (págs. 27-28). ¿Se puede desprender de esa afirmación, como hacen muchos historiadores, que una metrópoli, España o Portugal, fue rápidamente y sin solución de continuidad reemplazada por otra, Gran Bretaña?

Para Lynch las cosas no son tan sencillas. Para él, a lo largo del período que estudia, 1825-1850, si bien las nuevas naciones dependían de las manufacturas británicas, de los buques británicos y de los mercados británicos, por el contrario, no necesitaban, entre otras cosas porque no eran capaces de utilizarlos, ni el sistema bancario británico ni su tecnología. Al mismo tiempo, las clases dominantes americanas tomaban sus propias decisiones y no eran en absoluto dependientes de la Gran Bretaña y los comerciantes de ese origen tenían muy poco poder político y ninguna influencia sobre las políticas comerciales o arancelarias de los respectivos países.

Claro está que las cosas comenzarían a cambiar a partir de 1870, cuando se produzca una mayor integración de las economías latinoamericanas en el mercado mundial y las oligarquías de esos países decidan sacar mayor partido de sus ventajas comparativas. Pero, y esto vale también para el siglo xx, la

presencia de los británicos primero y de los estadounidenses después, debe ser vista como algo condicionante o sólo como un dato más, muy importante, qué duda cabe, de la realidad. La respuesta a esta cuestión, que algún autor intentó sintetizar en torno a la dicotomía de autonomía o dependencia, varía de acuerdo con el tratamiento que se le da en cada uno de los diferentes capítulos.

De todos modos, a lo largo de ellos se nota una clara preocupación por la síntesis, por abordar sin complejos la mayor parte de los problemas históricos que afectaron al continente americano en los dos últimos siglos, no limitando la exposición a los países de origen hispano, sino incluyendo al Brasil y a las naciones del Caribe. Las cuestiones globales y las generalizaciones se suceden de forma permanente con el tratamiento de problemas específicos, con el análisis de casos nacionales. Unidad y diversidad se cruzan y se separan en una especie de danza que termina arrojando bastante luz sobre un pasado complejo.

Ahora bien, la diversidad de problemas, de situaciones, de coyunturas, sitúa a la obra en el punto de mira de numerosas críticas. Pero partiendo de la base que se trata de una síntesis global, destinada a convertirse en un libro de consulta destinado fundamentalmente a estudiantes universitarios, el resultado logrado resulta satisfactorio.

Carlos D. Malamud

La expansión en el estado comercial. Comercio y conquista en el mundo moderno

Richard Rosecrance

Versión española de José Carlos Gómez Borrero.
Alianza Editorial. Madrid, 1987.



C

ADA vez son más los estados que, ante el auge del Japón, optan por el libre comercio y por el abandono de la política de ensanchamiento o de mantenimiento militar de sus fronteras. El autor señala el cómo y el porqué de este fenómeno de nuestro tiempo, sus ventajas y sus esperanzas, apuntando también sus antecedentes en el pasado y las causas que varias veces le hicieron fracasar. Pero no olvida el advertir que este camino de libertad se halla dificultado todavía por los residuos de la concepción territorial antañona, vigente aún en Rusia, en los Estados Unidos y en muchos de los nuevos países del Tercer Mundo. Si la opción comercial llegase a fracasar, los riesgos de la guerra volverían —dice— a ser incalculables. De ahí el interés que sus argumentaciones avivan en el que las lee.

L.H.L.

Manual de bibliotecas

Manuel Carrión Gútiérrez

«Biblioteca del Libro».
Fundación Germán Sánchez
Rupérez y Ediciones Pirámide.
Madrid, 1987.

F

STE manual se define por su autor como un acto de fe en la

pervivencia del libro y, por ende, en su colección, que es la biblioteca. La biblioteca, sentida apasionadamente, como quehacer y pasión de unos hombres —los bibliotecarios— formadores, mantenedores, defensores y propagadores de la colección; y como punto de confluencia de los lectores, necesitados de conocer y de utilizar los datos y saberes que la colección encierra. Manual de biblioteconomía, en cuanto que trata de cómo organizar, mantener y difundir las colecciones; de cómo catalogar sus libros; de cómo formar, reclutar, educar a los bibliotecarios que los catalogan; de cómo adaptar a los tiempos modernos los propios fondos bibliográficos; de las técnicas del noble oficio de catalogador; de las instalaciones y edificios de las bibliotecas públicas. A éstas se ciñe esencialmente, como que para todos los lectores se hallan constituidas. Y narra su historia, su actualidad, aboga por su necesaria readaptación informática, aun sabiendo y declarando que ésta no será fácil, que tardará, pero que en un futuro más o menos lejano será un hecho. Esta adecuación a los tiempos, inteligente, lúcida, no beata, no ciega; esta independencia de criterio, esta modernidad es, a mi parecer, lo mejor de este grueso manual, tan claro, tan gráfico, que está siendo ya tan útil para profesionales y lectores, y que debiera serlo también para gobernantes y para cuantos puedan tomar decisiones trascendentes al mundo de la cultura.

L.H.L.

Desde la ventana; enfoque femenino de la literatura española

Carmen Martín Gaité

Colección «Espasa-Mañana».
Editorial Espasa Calpe, S. A.
Madrid, 1987.

S

SIEMPRE ha habido entre nosotros —dice la autora, una mujer que, acodada en el alféizar, miraba por la ventana, con los ojos perdidos en el horizonte, ensimismada en sus soliloquios, tratando sólo de luchar así contra el tedio, el insufrible tedio en que la sumían costumbres ancestrales. De «ventaneras» las calificaban —desdeñosos, despectivos, irritados—, los moralistas y predicadores. Pues de esa casta de mujeres ventaneras, nacen, para Carmen Martín Gaité, las escritoras españolas, que narran, primero, casi sin saber el qué, tratando sólo de desaguar su marasmo interior; que, otras veces, lo hacen por obediencia —tal Santa Teresa— y entonces tienen que esforzarse por buscar su propio modo de expresión, y lo inventan, y lo encuentran y lo gran así pasmosos frutos literarios. Las heroínas del teatro del Siglo de Oro, tan iguales todas, las protagonistas románticas, las escritoras del xix, en perpetua pugna con la soberbia viril, hasta las «chicas raras» de la postguerra civil —Carmen Laforet, la propia autora— son, han sido todas ellas —según resulta de su examen— mujeres asomadas a la ventana para ver desde ella y contar luego, a su modo, lo que veían del mundo exterior, que allá abajo, allá enfrente estaba, y al cual, poco a poco, se han ido incorporando hasta su clamorosa, irresistible irrupción que en estos años hemos presenciado. Carmen Martín Gaité expone muy bien, persuade de sus opiniones y, para final, nos regala una íntima, personalísima comunicación ventanera, tenida por ella misma en Nueva York con su madre muerta, que es un modelo de literatura femenina y de buena literatura, una palpable demostración más de ese enfoque que la mujer nos viene dando de sus sentimientos. Me parece un excelente libro, muy encajado en la trayectoria literaria de su autora.

Luis Horno Liria